

ALEJANDRO PEDREGOSA

Hotel Mediterráneo

Luminosa, emotiva, vibrante, singular..., inolvidable



Alejandro Pedregosa

Hotel Mediterráneo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © Alejandro Pedregosa Morales, 2015
Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria
- © Editorial Planeta, S. A., 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

En esta novela se citan las siguientes canciones:

- Mediterráneo* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Balada de otoño* © Universal Musical Publishing, S. L.
- De cartón piedra* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Lucía* © Universal Musical Publishing, S. L.
- El niño yuntero* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Tu nombre me sabe a yerba* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Fiesta* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Campesina* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Señora* © Universal Musical Publishing, S. L.
- Fa vint anys que tinc vint anys* © Seemsa, Sociedad española de ediciones musicales, S. A.
- No hago otra cosa que pensar en ti* © Taller 83, S. A.
- Cançó de l'amor efímer* © Joan Salvat-Papasseit
- Una de piratas* © Taller 83, S. A.
- Caminito de la obra* © Taller 83, S. A.
- Balada para despertar a una paloma* © Joan Manuel Serrat
- Los fantasmas del Roxy* © Taller 83, S. A.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de los títulos y fragmentos que aparecen en esta obra, manifiesta la reserva de derechos de los mismos y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones

Primera edición: octubre de 2015
Depósito legal: B. 20.457-2015
ISBN: 978-84-08-13834-1
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

UNO

Miro el reloj. Faltan diez minutos para las doce. Luego echo un vistazo de soslayo al comedor y compruebo que las tres últimas mesas ya están en los postres. Levanto la cabeza en un gesto algo afectado y dejo que los dedos se deslicen por las teclas del piano.

Cinco segundos bastan para que un silencio reverencial se apodere de la sala. Siempre ocurre lo mismo. Mi trabajo consiste en amenizar las cenas de la manera más discreta posible; se trata de ofrecer a los clientes un delicado hilo musical en directo que acompañe sus conversaciones sin llegar nunca a interrumpirlas. Así lo ideé en su momento y así funciona la mayor parte de la noche, sin embargo, en cuanto los comensales reconocen los compases de la última canción, se produce, irremediable, el silencio. Y es un silencio hermoso y contenido que dura apenas el tiempo de un suspiro. Lo que tarda una emoción en bajar al estómago, enredarse en las tripas y ascender de nuevo a la garganta. Esa es la medida de este silencio. Después, apenas abro la boca, los clientes recuperan el aliento y se precipitan al unísono tras la finísima estela de mis palabras: «Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa...».

Algunos clientes, alentados por el vino, apuntan con la copa en mi dirección (que es la dirección del techo) y cantan sin recato. Otros más cautelosos permanecen sentados, mueven los labios en un tarareo indolente y solo se animan con los versos más célebres: «Y qué le voy a hacer si yo... nací en el Mediterráneo...».

Cuando termina la canción, el público aplaude con un entusiasmo contenido y en cada mesa se celebra la astucia de sus principales intérpretes. Después de unos minutos, los murmu-

llos van cesando para dejar paso a la confidencia de los licores y la conversación privada. Yo aprovecho ese momento para cerrar la tapa del piano, bajar por las escaleras de caracol y perderme sigiloso camino de la cocina. Allí me espera el Presidente con el paquete de tabaco en las manos y esa media sonrisa suya entre infantil y ladina.

Me palmea amigablemente en la espalda y salimos por la puerta trasera a la oscuridad de la noche. Me froto los brazos. Las mañanas de octubre son todavía templadas, pero apenas se oculta el sol surge ese frío salino que da fama nacional a la comarca.

Nos sentamos en el banco de madera. Frente a nosotros, el bosque negro y una luna casi invisible. El Presidente abre el paquete de tabaco y saca un porro ya preparado. Una picardía socarrona le brilla en los ojos. Desde la última angina de pecho al Presidente le han prohibido casi todo, y la única transgresión que se permite es este cigarrillo diario, que en ocasiones (según estén los ánimos y el mercado) aderezamos con virtutas de hachís.

—Camilo ha venido esta mañana —me explica—, dice que ha estado en Marruecos. Nos ha traído un regalo.

Camilo es un viejo amigo de la casa. A sus sesenta años mantiene la figura juvenil y el alma aventurera. De niño pastoreó cabras por los picachos agrestes de estas montañas, pero apenas se hizo hombre salió de la comarca porque, según contaba, «había algo aquí que le oprimía el pecho». Anduvo por el mundo, a veces medio pobre y a veces medio rico, hasta que un día regresó con la absoluta certeza de que «en todos los sitios cuecen las mismas habas». Como llegó sin fortuna, el Ayuntamiento se encargó de buscarle un puesto de trabajo. La única vacante estaba en el cementerio, de enterrador. Camilo aceptó encantado. Desde entonces viaja menos, pero se permite pequeñas escapadas de las que siempre nos trae algún recuerdo.

—¿Qué vamos a comer? —digo mientras el Presidente me pasa el porro—. Tengo hambre.

—Carrilladas en salsa.

—Bien.

Los habitantes del Hotel solemos cenar una vez termina la faena, cuando Maite acompaña hasta la puerta a los últimos

clientes y los faros amarillos de sus coches se pierden en la sinuosa oscuridad del camino. Aprovechamos entonces para relajarnos, recuperar fuerzas y comentar, si se da el caso, los chascarrillos que haya dejado el día.

Desde que el verano se ha marchado cenamos dentro, en la mesa cercana a la chimenea, quizá para mentalizarnos de que más pronto que tarde tendremos que encenderla y pasar largos meses al abrigo de su calor. Porque, a pesar de su nombre, el Hotel Mediterráneo no se encuentra junto al mar, sino en un barranco frondoso y recóndito al final de ningún sitio, donde las benévolas temperaturas mediterráneas forman parte de un mundo exótico y lejano.

Sin embargo, más allá de los inviernos crudos y del difícil acceso, ninguno de nosotros está dispuesto a cambiar de residencia. Hemos llegado al Hotel Mediterráneo por diferentes caminos: unos huyendo de un pasado poco edificante, otros en busca de un futuro más plácido y otros, como yo, por pura casualidad; pero aquí estamos, olvidados del mundo y tranquilos, atendiendo desde nuestras ventanas a los ciclos de la naturaleza y preparando por las noches modestas cenas para clientes más o menos selectos, que, al igual que nosotros, tienen el sentimiento entregado a las canciones de Joan Manuel Serrat.

Al porro le quedan un par de caladas cuando Pili asoma la cabeza anunciando que la cena está lista. Pili es la hija menor de Camilo. Vive en el pueblo y de jueves a domingo viene por las tardes para ayudar al Presidente en la cocina.

El Presidente me mira. El hachís ha dibujado en su cara una mueca feliz y bobalicona.

—Anda, sube y avisa a la chica nueva —me dice—, tiene que estar desmayada de hambre.

Me doy cuenta de que la sonrisa del Presidente no viene provocada por el porro, o al menos no solo por el porro. Su alma de viejo truhan ha descubierto algo en mi interior que ni yo mismo me atrevo a pensar abiertamente: desde hace unos días, Tamara, la nueva *huésped* del Hotel, se me ha instalado en la cabeza y no encuentra la salida. Incluso van ya dos noches que sueño con ella. Al despertar me siento ardiente, cansado y con una inexplicable sensación de vacío.

Maite y Amparo me la presentaron cuando llegó. «Este es Francesc, el pianista», le dijeron; desde entonces me he encontrado a solas con ella un par de veces (en la angostura de un pasillo y paseando por el jardín). En ambas ocasiones sentí que debía pararme a entablar una conversación, pero en ambas pasé de largo ronroneando cualquier trivialidad inoportuna. Soy un tipo silencioso pero no especialmente introvertido, sin embargo, la presencia de Tamara me genera un repentino desconcierto que acaba por robarme las palabras. Quizá es solo una reacción autónoma de mi cerebro para ponerme a su mismo nivel de pudor, pues ella (y esto es algo común en los primeros días de Hotel) permanece inmersa en ese mutismo triste y gris que envuelve a las mujeres agredidas.

Calculo que será un par de años mayor que yo; posee una belleza meridional, áspera e indiscutible. Todo en ella tiende a lo oscuro: el pelo, los ojos..., incluso su forma de caminar (muy pegada al suelo) da noticia de un pacto ancestral con las fuerzas de la tierra.

Se conoce que el Presidente (perro viejo siempre alerta) se ha percatado de mi mudo interés por Tamara y me interroga ahora para divertirse a mi costa.

—Oye, *Fransés*, ¿tú cuánto hace que no follas?

Sonrío. Apago la *chusta* del porro en la suela del zapato. Me levanto y antes de marcharme le pellizco la mejilla de manera amistosa.

—No creo que la muchacha tenga el cuerpo para alegrías.

Arquea las cejas y me dice:

—Nunca se sabe, *Fransés*, nunca se sabe.

Atravieso el jardín con el peso de la noche cayéndome en la espalda. Abro la casa y comienzo a subir las escaleras. Me ilusiona el simple hecho de llamar a su puerta y decir: «Tamara, a cenar, la mesa ya está lista».

Pero la frase se me muere en los labios, porque apenas llego a la habitación de Tamara escucho un bisbiseo de serpiente que sale por debajo de la puerta. Acercó el oído y el murmullo cesa. Un silencio opaco me hace dudar de lo que un instante antes he escuchado. Pasan unos segundos en los que me siento ridículo y furtivo por espiar la intimidad de una

desconocida. Quizá solo estaba tarareando una canción o rezando o hablando sola. Decido anunciar mi presencia con un golpe de nudillos cuando la voz de Tamara emerge de nuevo lejana e imprecisa. Resulta imposible entender lo que dice, pero los sucesivos arranques y frenazos me hacen comprender que se trata de una conversación telefónica. Y eso, sencillamente, no puede ser.

Lo correcto sería bajar al restaurante y avisar a Maite, que al fin y al cabo es la verdadera responsable de Tamara, sin embargo, y quizá alentado por la posibilidad de estar a solas con ella, no lo hago y prefiero llamar a la puerta. De inmediato el rumor se detiene al otro lado.

—Tamara, soy Francesc, el pianista.

Un repentino nerviosismo se apodera del dormitorio. Una agitación de pasos desordenados va y viene sin saber muy bien dónde detenerse. Al poco la puerta se abre y el rostro de Tamara asoma ligeramente azorado.

Intento buscar una respuesta en sus ojos, pero lanza la mirada contra el suelo.

—¿Dónde está? —pregunto.

Tamara prueba suerte.

—Dónde está qué —dice sin enseñarme la cara.

—El teléfono —respondo.

Tal vez, lo más fácil para ella sea atrincherarse en una sarta de preguntas dilatorias: «¿Qué teléfono?», «¿de qué estás hablando?», «¿quién te ha dado permiso para registrar mi habitación?», pero no es necesario, porque, antes de que pueda decir nada, una melodía conocida emerge de algún lugar tan cercano como oculto. Es un fragmento del *adagio* de Albinoni. Lo sé bien porque yo mismo he configurado el teléfono de Amparo para que el *adagio* suene con las llamadas entrantes. Me irrita que Tamara le haya robado el teléfono a la abuela; ella es, sin duda, la persona más vulnerable del Hotel.

Sigo el rastro de la música y Tamara no hace nada por impedírmelo. Llego hasta la cama y levanto la almohada. El teléfono está envuelto en una especie de camisola medio arrugada con dibujos infantiles. Supongo que es la prenda que Tamara se pone para dormir y me siento estúpidamente afor-

tunado de tenerla entre las manos. Cuando miro el teléfono, un número parpadea en la pantalla. Activo el altavoz y le tiendo el aparato a Tamara.

Es una voz femenina la que habla al otro lado.

—¿Tamara? ¿Qué ha pasado?

Tamara levanta finalmente la cabeza y me mira. No advierto en sus ojos ni odio ni miedo, solo tristeza.

—Se ha cortado —dice con frialdad.

La voz femenina rompe a llorar.

—Ten mucho cuidado, Tamara. Te está buscando... y ya sabes cómo es.

Los hipidos y los lamentos se le revuelven y hacen el discurso incomprensible. Tamara ya no me mira, sus ojos se han concentrado en algún lugar del infinito.

—No te preocupes —dice.

Pero la mujer no encuentra consuelo en las palabras de Tamara.

—Nosotros estamos bien, bonita —farfulla la voz—, no te preocupes... Él no ha preguntado, no ha dicho ni mu, pero te está buscando, niña, yo sé que te está buscando. Ten cuidado, bonita..., que ya sabes cómo es.

Doy un par de pasos y rozo la mano de Tamara para darle a entender que aquella conversación debe terminar. Ella continúa mirando al vacío.

—Tengo que colgar —dice.

—Tamara, bonita, ten mucho cuidado... Los niños te quieren..., yo también.

Corta sin despedirse y me devuelve el teléfono. Lo guardo en el bolsillo y recorro los cuatro pasos que me separan de la puerta. Entonces sí, me giro hacia ella y le digo:

—Podemos bajar, la cena está lista.

Intento no pensar en nada mientras cruzamos el jardín camino del restaurante. Cuando entramos en el comedor, la gente ya está sentada. Me acerco a Amparo por la espalda y la beso en su preciosa cabellera blanca.

—Aquí tienes, abuela —le miento—. Te lo habías dejado en la cocina.

Amparo mira el móvil con un desprecio socarrón.

—Gracias, hijo, a ver si esta noche me llama el novio.

Todos sonreímos menos Tamara. Soy consciente de que mi acercamiento ha empezado de la peor manera posible: encubriendo una insensata negligencia. Me aliviaría que ella mostrara un gesto de agradecimiento, una mirada cómplice al menos.

Ni siquiera levanta los ojos del plato cuando le paso la ensaladera.